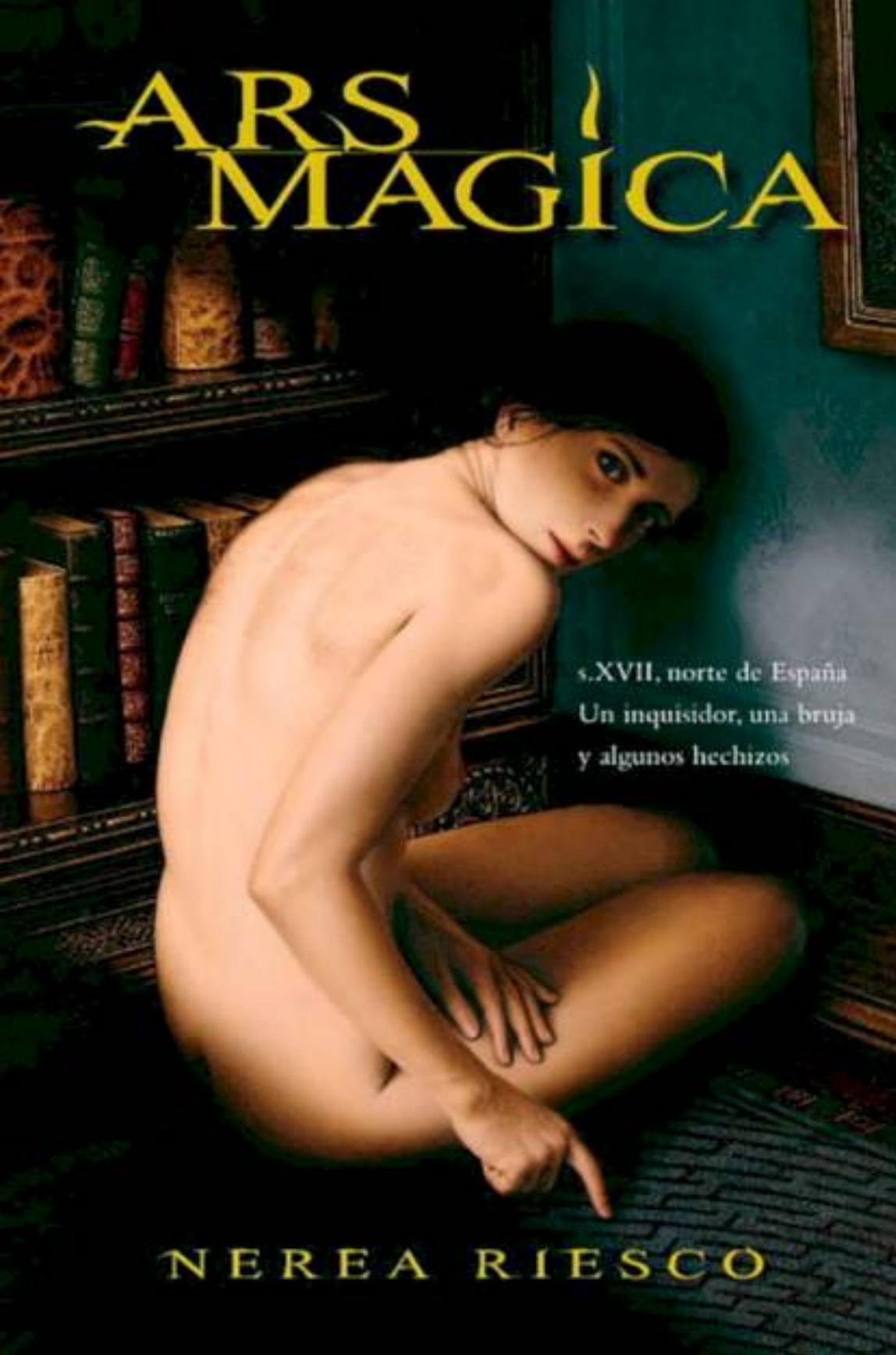


# ARS MAGICA

A woman with dark hair is sitting on a patterned rug on the floor of a library. She is nude and looking back over her right shoulder towards the camera. Her right hand is resting on her knee, and her left hand is pointing towards the floor. The background features a bookshelf filled with books and a teal wall.

s.XVII, norte de España  
Un inquisidor, una bruja  
y algunos hechizos

NEREA RIESCO

En 1610, en Logroño, han sido condenadas a la hoguera once personas acusadas de brujería. Sin embargo, amplias zonas del señorío de Vizcaya y Navarra siguen sufriendo la presencia del demonio y sus secuaces...

Para tranquilizar al pueblo, el Santo Oficio envía a Alonso de Salazar y Frías, un inquisidor secretamente descreído: ha perdido la fe en Dios y no cree en el diablo ni en las brujas. Su historia se va a cruzar irremediabilmente con la de la joven Mayo, que recorre los caminos vendiendo hechizos y ensalmos. A lo largo de su viaje, ambos tendrán que enfrentarse a poderes perversos que sembrarán su paso de obstáculos, así como a la muerte de las personas que más aman en el mundo.

Una trama apasionante que recupera la fuerza de la tradición mágica de nuestra cultura, en la que está implicada incluso la élite del poder político y religioso del Siglo de Oro, y que se basa en un episodio de nuestra historia que quedó documentado y misteriosamente olvidado en los sótanos del Santo Oficio durante casi tres siglos.

# Índice de contenido

A modo de prólogo
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Epílogo
Datos para tener en cuenta
Agradecimientos

Bibliografía  
Sobre la autora

*Para Antonio, que camina conmigo*

La magia es sabiduría, es el empleo consciente de las fuerzas espirituales para la obtención de fenómenos visibles o tangibles, reales o ilusorios, es el uso bienhechor del poder de la voluntad, del amor y de la imaginación. Es la fuerza más poderosa del espíritu humano empleada en el bien. La magia no es brujería.

PARACELSO

## A modo de prólogo

*Plaza de Santiago, Logroño, domingo, 7 de noviembre de 1610*

Once personas condenadas a muerte acusadas de brujería eran conducidas al cadalso formando una fila cruel y vacilante que avanzaba entre la multitud excitada. Cinco de ellas: María de Echalecu, Estevanía de Petrisancena, Juanes de Odia, Juanes de Echegui y María de Zozaya, hacía tiempo que habían abandonado el mundo de los vivos, pero el Santo Oficio no permitió que la minucia de haber fallecido impidiera que sus efigies de tamaño natural, talladas en madera por un tal Cosme de Arellano, recibieran la purificación del fuego. A Cosme el encargo inquisitorial le pilló por sorpresa. En más de una ocasión había visto cómo los religiosos rechazaban sus tallas porque su realismo exaltado a la hora de representar el desgarró vital de la Dolorosa o los latigazos en el cuerpo del eccehomo hacían que incluso las beatas más imaginativas sufriesen vahídos y tuvieran malos sueños. Por eso, cuando Cosme aceptó el requerimiento del Santo Oficio de confeccionar las efigies de los condenados en el auto de fe, se sintió embargado por el nerviosismo. Al fin llegaba su ansiada oportunidad. Toda la ciudad y una multitud de forasteros llegados para la ocasión se deleitarían con su trabajo. Ni en sus más fabulosas ensoñaciones había conjeturado un auditorio tan nutrido y se entregó a la labor en cuerpo y alma. Acudió a las cárceles secretas para entrevistarse con el carcelero y con los com-

pañeros de celda de los fallecidos. Quería saber cómo eran los ojos que sus modelos lucieron en vida, la calidad de sus cabellos, su complexión, su gesto a la hora de abandonar este valle de lágrimas... Cosme no deseaba que sus tallas fuesen meros tarugos de madera con forma humana. El alba le sorprendió varios días imprimiéndoles a las figuras el realismo trágico que él consideraba acorde con la ocasión. Esculpió gestos de contrición, cabezas despeinadas, ojos desorbitados que se perdían en el infinito y manos con dedos engarfiados alzándose al cielo en señal de súplica, hasta que logró un quinteto de espanto, comparable solamente con el de las ánimas en pena en un día de Todos los Santos. Cosme quedó entusiasmado con el escalofriante resultado de su trabajo pero, para su disgusto, no le quedó más remedio que disimularlo cubriendo con trapos las efigies durante el tiempo que permanecieron en su taller porque cuando su esposa se paseaba despistada a media luz y el espectáculo de las maderas retorcidas le salía al paso, el corazón se le encogía como una pasa, lanzaba un grito de pánico, se le caían los peroles de las manos y un fragor de cacharrería inundaba la casa erizando los pelos del gato. Pese a que eso demostraba que había realizado con satisfacción su encargo, Cosme se sintió un poco decepcionado cuando el tribunal le informó de que un pintor profesional sería el encargado de la policromía de las efigies intentando evitar así la frescura de su paleta de colores entre los que eran famosos sus bermellones sangrantes y sus índigos rabiosos. Al parecer, la idea del Santo Oficio era representar a los reos fallecidos con severidad pero sin llegar a rozar el escarnio. Cosme cobró por todo su trabajo un total de 142 reales.

La culpa de que se tuvieran que confeccionar efigies para representar a esos cinco condenados la tuvo una extraña epidemia de fiebres y dolores abdominales severos que, meses antes de celebrarse el auto de fe, se había posesionado de las cárceles secretas de la Santa Inquisición y había

hecho mella entre los cautivos. La enfermedad les provocaba delirios, frenesí e incapacidad para los interrogatorios. De vez en cuando, la dolencia parecía darles una tregua, amanecían súbitamente lúcidos, con buen color en las mejillas y apetito, pero en cuanto los inquisidores se ponían ante ellos con la intención de aprovechar su repentina mejoría para interrogarlos, recaían, se amustiaban, volvían a mostrarse nuevamente extraños, desmemoriados y febriles dando al traste con todos los planes inquisitoriales para ese día. Aquello comenzó a despertar las sospechas de los componentes del tribunal.

La efigie que encabezaba la fila de los condenados el día del auto de fe era la de la viuda María de Echalecu, una lavandera de cuarenta años natural de Urdax. Antes de que su esposo falleciera, María fue cantarina y despistada. Cuando nadie podía verla, gustaba de arrancar tortillitas de cal de la pared para metérselas luego en la boca con ansia infantil hasta que se disolvían por completo sobre su lengua. También masticaba tierra y se mordía las uñas a escondidas. Siempre vivió en el mismo lugar, un caserío que pertenecía a su familia y que heredó por ser la primogénita, según la tradición ancestral de los navarros. Su vecina fue desde siempre su mejor amiga, casi una hermana. Pasaron juntas por los descubrimientos asombrosos de la infancia, por el tiempo de la primera demostración y sus consecuencias, afrontaron con conmoción de mártires la muerte de sus respectivos padres apoyándose la una en la otra y se regocijaron con los buenos momentos, compartiéndolos y saboreándolos con todos los sentidos porque los consideraban regalos del cielo. Las dos mujeres se amaron desde siempre, como sólo podían amarse el cielo y el sol, como los árboles y la tierra, y eso despertó las sospechas de los vecinos que eran poco dados a creer en las amistades incondicionales. Para acallar el qué dirán, las dos acabaron por aceptar un marido. Los hombres, que en un principio parecían llevarse bien, comenzaron poco a poco a mirarse

con desconfianza y a sentirse amenazados por la amistad de las mujeres, hasta que les prohibieron cualquier tipo de contacto entre ellas. La valla que dividía las dos propiedades se convirtió en una barrera fronteriza que un día aparecía arrancada y otro apuntalada dos varas más allá. Los pleitos acabaron cuando murió el esposo de María y el marido de su amiga aprovechó para acusarla frente al Santo Oficio de hechizar a sus vacas para que produjesen leche agriada y de provocar el pedrisco que había logrado arruinar su cosecha de aquel año. La detuvieron una mañana temprano. Cuando María enfermó dentro de la cárcel secreta, los médicos inquisitoriales le diagnosticaron una dolencia provocada por la pérdida del ritmo del trabajo, del aire fresco de la mañana entrando y saliendo de sus pulmones y de su ración diaria de leche recién ordeñada. Todo ello había quebrantado su fuerte constitución. Pese a todo, no negaron que la dichosa enfermedad tenía algo de sobrenatural ya que, en sus últimos momentos, como por arte de magia y antes de que pudiera confesar su culpabilidad, la mujer perdió definitivamente la compostura, se levantó con muchos esfuerzos del catre y avanzó tambaleante hasta la columna de fulgor solar que descendía por el tragaluz, rasgando la oscuridad de la celda.

—Está ahí... es mayo tras la ventana. Mayo... está cerca... Mayo —dijo mirando hacia el techo con ojos vidriosos—. Ya voy, ya voy, ya voy... —murmuró.

No llegaron a comprender de qué hablaba porque ya casi terminaba el mes de agosto y achacaron esas frases incoherentes al delirio provocado por la fiebre. El inquisidor Becerra se empeñó en acercarle hasta los labios una cruz por ver si así se ponía a bien con el Señor antes de lanzar su último suspiro, pero María lo miró con desprecio, le dio la espalda y acto seguido se desplomó en el suelo para no levantarse más sin que el atribulado inquisidor alcanzara a reconciliarla.

La segunda efigie traía puesto el nombre de Estevanía de Petrisancena. Mateo Ruiz, el artista que se encargó de colorear y ataviar a las efigies, había realizado su natural belleza avivando su cabello ondulado con un lindo tono cobrizo. Estevanía llegó a la edad de treinta y siete años y estuvo casada con el labrador Juanes de Azpilcueta. Cuando fueron a detenerla, su marido pensó que se trataba de algún desafortunado error porque su Estevanía era cándida como una oveja, dulce como la miel y nunca se separaba de su lado. Más tarde le informaron de que el diablo le arrebató a su esposa en medio de la noche para llevarla al akelarre, donde fue vista por muchos convecinos comiéndole una amplia lista de tropelías infames entre las que se incluían los contactos carnales y concupiscentes con íncubos de ojos ardientes y penes fríos como el hielo. Le dijeron que, para que él no la echase en falta, el maligno dejaba en el lecho conyugal un monigote igualito a Estevanía, que desprendía su mismo aroma verde agreste y su mismo calor humano. El día que la detuvieron llevaba una saya marrón. Murió con ella puesta negando ser una bruja. Mateo Ruiz representó, en el pecho de las efigies, el emblema inquisitorial de la cruz flordelisada de los dominicos. Por todo su trabajo recibió un total de 130 reales.

El nombre de Juanes de Odia colgaba del cuello de la tercera efigie. Tenía sesenta años y también nació en Urdax donde fue carbonero y cedarero. Era sin lugar a dudas el más cultivado de los presos. Se hizo muy popular por intentar implantar en la mente de sus vecinos la teoría de que todas las desgracias que ocurrían en la zona estaban definitivamente causadas por la presión que reyes y señores ejercían sobre ellos. Los habitantes de Urdax eran siervos de la gleba que trabajaban las tierras del monasterio, en cambio sus vecinos del pueblo de Zugarramurdi eran campesinos y pastores libres. Eso le sirvió a Juanes para consolidar la conjetura de que era necesario destruir todas las relaciones de propiedad y redistribuir la riqueza de la Iglesia y el Esta-

do entre los pobres. Se mostraba muy interesado en rodearse de niños para contarles cuentos sobre ratones habilísimos que se encaraban con el gato de la casa porque se daban cuenta de que eran mayoría y que podrían vencerlo si se mantenían unidos en la lucha. Estaba convencido de que la mejor manera de dar la vuelta al desastre en el que estaba inmerso el reino era influyendo en la mente de las nuevas generaciones. Incluso se afanó en la tarea de entrenar a un grupo de jóvenes campesinos para la lucha armada pese a la minucia de que los muchachos no contaban con pertrechos militares y de que eran más bien asustadizos y poco belicosos. Pero Juanes, con su entrenada labia, terminó por convencerlos de que el Señor se le había aparecido en sueños para prometerle la victoria. La batalla nunca se llevó a cabo porque lo detuvieron una mañana de sábado. Mientras lo retenían, sujetándolo por debajo de los sobacos y amarrándole las manos a la espalda, gritaba, daba pataletas contra el suelo, escupía y se sacudía como un demente asegurando que él no había hecho nada malo. A sus captores no les quedó duda de que estaba poseído. Murió seis meses después, por la noche, musitando su inocencia. Los letreros que servían para identificar a las efigies fueron confeccionados por Juan de Mongastón, que equivocó el nombre de Juanes y colocó una H inexistente delante de su apellido. Los carteles le salieron al Santo Oficio por un total de 31 reales.

La cuarta efigie era la de Juanes de Echegui. Pálido, delgado y amante de la caza. Los esfuerzos denodados de los inquisidores por salvar su alma pecadora no dieron resultado. Juanes tenía en aquel momento sesenta y ocho años, un campo de labranza y veinte ovejas. Cuando los hombres del Santo Oficio fueron a detenerlo estaba subiéndose una colina, rebuscando las mejores flores de manzanilla con las que hacer tisanas para el ardor estomacal que padecía desde años atrás. La sensación más intensa que Juanes había tenido jamás fue el día que nació su hija,

cuando la sorgiña, la mujer que hacía nacer, se la puso entre los brazos. Le habría gustado que aquella criatura le hubiera despertado una infinita ternura, un amor irracional de ancestros comunes y sangre compartida, pero en su lugar, lo primero que pasó por la mente de Juanes fue que, en algún momento, ese hálito de vida recién emprendida que luchaba por mantenerse en el mundo envuelto en una repelente tripa azulada y viscosa se extinguiría sin que nada ni nadie pudiera hacer cosa alguna por evitarlo. Ese pensamiento desafortunado le acompañó el resto de su vida y lo sintió con la fuerza de una premonición cuando enfermó dentro de la cárcel y supo que moriría sin saber qué sería de esa hija que también estaba detenida por brujería.

La quinta efigie era la de María de Zozaya. No sólo fue acusada por todo el pueblo de practicar la hechicería, sino que ella misma se declaró bruja y contó con pelos y señales en qué maldades estaba involucrada. La efigie tallada por Cosme, cuyo rostro tenía el aspecto de un pergamino verrugoso, tuvo que esperar pacientemente durante cinco horas para recibir la purificación del fuego. Se tardó todo ese tiempo en leer a viva voz sus terribles confesiones, que retumbaron por las paredes de la plaza de Santiago entre los gestos de terror, los alaridos de asco y los desmayos femeninos provocados por la tremenda lista de aberraciones que la acusada cargaba a sus espaldas. Tiempo más tarde, el humanista Pedro de Valencia escribiría al inquisidor general, Bernardo de Sandoval y Rojas, un discurso erudito que llevaba por título *Acerca de los cuentos de las brujas* que decía, entre otras cosas, que el haber recitado públicamente, con oratoria desenfundada, los crímenes cometidos por los brujos había sido un auténtico error. Según su docto conocimiento de las debilidades humanas, dar ideas sobre depravaciones no era lo más adecuado porque podría estimular la imaginación de almas cándidas que hasta esa fecha no habían pensado siquiera en la posibilidad de que semejantes perversiones fueran posibles. Insinuó incluso

que alguien débil de mente podría sentirse tentado a reproducirlas, cosa que al parecer no ocurría con las buenas acciones, que no solían ser susceptibles de ser imitadas. Y es que María de Zozaya, sin lugar a dudas, era la más perdida. Tenía ochenta años cuando la atrapó la enfermedad carcelaria y era natural de Rentería. Todo el mundo sabía que era una bruja sin enmienda desde mucho tiempo atrás. Ella misma admitió su pertenencia a la secta desde que tenía diez años. Narró cómo era capaz de llegar a los lugares en los que se celebraban los akelarres volando a velocidades de vértigo gracias a un ungüento mágico que prometió facilitar a los inquisidores, aunque jamás se tuvo constancia de su entrega. Llevaba años entrando en las casas de los aldeanos con el propósito de maltratar a los niños de pecho en el instante en que se quedaran solos, había convertido a la brujería a un total de veinte personas y se jactó frente al tribunal de que, a lo largo de esos años de tratos diabólicos, había embrujado a ocho personas, dos de las cuales llegaron a fallecer. En una ocasión, María le encargó a la modista de Rentería una saya y, como no la dejó de su gusto, pese a los ofrecimientos de la costurera de reparar el daño, la bruja se desesperó y le entregó una manzana envenenada que acabó por matar a la sastra a los seis meses de comerla.

Hasta el joven cura se vio afectado por el poder brujeril de María de Zozaya que lo hechizaba antes de salir de caza.

—¡Ea, señor cura! Traed muchas liebres y le daréis lebrada a los vecinos —le decía con media sonrisa, asomada desde la ventana.

Ella misma reconoció durante el juicio que cuando lo veía salir a cazar, todo peripuesto con su perro y su actitud de trampero acechador, confeccionaba un hechizo con el que conseguía metamorfosearse en liebre para correr todo el día delante de él sin que sus sabuesos pudieran alcanzarla. Era entonces cuando el cura se rendía y regresaba exte-

nuado, con la vergüenza de los cazadores fracasados enredada entre las piernas.

María de Zozaya confesó además que había mantenido relaciones carnales con el diablo invariablemente cada lunes, miércoles y viernes.

—Por las partes ordinarias y por las traseras... y por las delanteras tenía yo el mismo contento que si fuera un hombre normal, aunque sentía algún dolor por ser el miembro más grande y duro.

La frase dejó escandalizados a los señores inquisidores, que bajaron los ojos y se santiguaron un par de veces.

La gente del pueblo comenzó a apedrearla por la calle y una pandilla de mocosos atrevidos le perdió el respeto a las buenas relaciones que la mujer mantenía con el diablo y la perseguía de continuo coreando la palabra «bruja». Teniendo en cuenta esos terribles datos y la repercusión de sus actos en la vida de la comunidad se decidió que María debía perecer. Fue la única de los confesos condenada a la hoguera pese a que la política inquisitorial dejaba claro que el *confitente* era readmitido ceremoniosamente en el seno de la Madre Iglesia y que durante el auto de fe sería proclamado reconciliado para que todo el pueblo pudiera ver la magnanimidad de la Santa Inquisición. Pero los delitos de María eran demasiado graves, no se la podía perdonar. La epidemia maldita se la llevó de este mundo tres meses antes de celebrarse el auto de fe.

Los inquisidores Becerra y Salazar aseguraron más adelante que se inclinaban a creer que el demonio estaba enredado en esas misteriosas enfermedades que ni los sabios médicos podían reconocer ya que, cuando éstos consideraban curados a los reos y eran declarados sanos, volvían a caer presa de la fiebre. Todo ello no resultaba extraño para los inquisidores. Muchas de las brujas confesaron que el diablo, pese a lo secreto de las cárceles, seguía visitándolas por la noche con la intención de mantener contactos carnales con ellas. Estaba claro que el maligno utilizaba algún ti-